

Era además ancho y poco manejable, y hubiera ocupado todo el almacén. Tenía el aspecto de una almadraba. Gilliatt lo dejó en su sitio.

Profundamente pensativo mientras trabajaba, Gilliatt buscó en vano la «muñeca,» que servía de mascarón á la Duranda. Era una de las piezas que el agua se había llevado para no devolverlas.

Gilliatt hubiera dado por ella sus dos brazos, si no hubiese tenido tanta necesidad de ellos.

Junto á la entrada del almacén, en la parte de afuera, se veían dos montones de desechos, uno de hierro, bueno para forjarlo nuevamente, y otro de madera, bueno para quemarlo.

Gilliatt al rayar el alba estaba ya trabajando. Esceptuando las pocas horas que concedía al sueño, no descansaba un solo instante.

Las gaviotas, volando en todas direcciones, le veían trabajar.

De las cavernas de las rocas se puede decir lo que hablan ciertos hombres:—propios para todo, buenos para nada. No dan lo que ofrecen. Hay un hueco de roca que es un baño, pero que deja escapar el agua por sus grietas; hay otro que es un aposento, pero sin techo; hay otro que es una cama, pero sin colchón; hay otro que es una silla, pero sin respaldo; hay otro que es una silla, pero de piedra.

La historia que Gilliatt quería establecer estaba por decirse que fundada por la naturaleza, pero nada había tan difícil y tan penoso como domar aquel monstruo hasta hacerlo manso. Y transformar la caverna en laboratorio. Con tres ó cuatro anchas piedras LA FRAGUA.

terminada en una hendidura estrecha, había hecho la caverna una especie de soplete informe, mucho más poderoso que aquellos antiguos grandes fuellos de fragua, que no tenían más de diez ó doce pies de longitud, los cuales daban por lo común un soplo débil y débil.

Hecho el almacén, Gilliatt hizo la fragua. La segunda fragosidad que escogió ofrecía un reducto, especie de intestino, bastante profundo.

Había en un principio tenido la intención de habitarla, pero el cierzo, renovándose sin cesar, era tan continuo y obstinado en aquel pasillo, que le obligó á renunciar á su primera idea. Aquel soplo continuo le sugirió el pensamiento de una fragua.

Ya que aquella caverna no podía ser su dormitorio, quiso que fuese su taller. Hacerse servir por el obstáculo es un gran paso hácia el triunfo. El viento era el enemigo

capital de Gilliatt, y Gilliatt quiso hacer de él su criado.

De las cavernas de las rocas se puede decir lo que de ciertos hombres:—propios para todo, buenos para nada. No dan lo que ofrecen. Hay un hueco de roca que es un baño, pero que deja escapar el agua por una quiebra; hay otro que es un aposento, pero sin techo; hay otro que es un lecho de musgo, pero mojado; hay otro que es una poltrona, pero de piedra.

La herrería que Gilliatt quería establecer estaba bosquejada por la naturaleza, pero nada había tan difícil y penoso como domar aquel bosquejo hasta hacerlo manejable, y transformar la caverna en laboratorio. Con tres ó cuatro anchas piedras vaciadas á manera de embudo que terminaba en una hendidura estrecha, había hecho la casualidad una especie de soplete informe, mucho más poderoso que aquellos antiguos grandes fuelles de fragua que tenían 14 pies de longitud, los cuales daban por lo corto en cada resoplido 98,000 pulgadas de aire.

El fuelle de la fragua de Gilliatt era aun más enérgico. Las proporciones del huracán no se calculan.

Aquel exceso de fuerza era un mal, porque era difícil regular semejante soplo.

La caverna tenía dos inconvenientes; el aire la atravesaba de parte á parte, y el agua también.

El agua que la atravesaba no era la del oleaje del mar, sino un arroyuelo perpétuo, más parecido á una filtración que á un torrente.

La espuma, arrojada sin cesar contra el escollo por la

resaca, á una elevación algunas veces de más de 100 pies, había al cabo llenado de agua de mar un depósito natural situado en las altas rocas que dominaban la escavación.

El agua sobrante del depósito formaba hácia atrás en el escarpe una cascada, de una pulgada próximamente que caía de una altura de cuatro ó cinco toesas. A ella se añadía un contingente de lluvia. De cuando en cuando una nube al pasar vertía un chaparrón dentro de aquel charco inagotable y siempre desbordado. El agua era salobre y no potable, pero limpia.

La cascada se perdía graciosamente entre los hilitos de las confervas como entre las hebras de una cabellera.

Gilliatt se propuso servirse de aquella agua para disciplinar aquel viento. Por medio de un embudo de dos ó tres cañones de tablas ajustadas precipitadamente, uno de ellos con espita, y de un pozal muy ancho á manera de depósito inferior, sin apoyo y sin contrapesos, completando el aparato con una lengüeta arriba y tres respiraderos abajo, Gilliatt que, como hemos dicho, tenía algo de herrero y algo también de mecánico, llegó á componer, para reemplazar el fuelle de fragua de que carecía, una máquina menos perfecta que la que actualmente se llama en Francia una *cagniardelle*, pero menos rudimentaria que la que en otro tiempo en los Pirineos se llamaba una trompa.

Tenía harina de centeno con que hizo engrudo, y pedazos de cuerda con que hizo estopa. Con la estopa y el engrudo y algunas cuñas de palo, tapó todas las hendiduras de la roca, no dejando más que un pico de aire for-

mado con un trozo de espoleta que halló en la Duranda y que habia servido de botafuego al pedrero de avisos.

El pico de aire se dirigia horizontalmente á una ancha piedra en que puso Gilliatt el fogon de la fragua. Un pedazo de cable servia de tapon para cerrarlo en caso necesario.

En seguida Gilliatt llenó el fogon de carbon y leña, golpeó con el eslabon la misma roca, hizo que las chispas cayesen sobre un puñado de estopa, y con ésta ya encendida, encendió la leña y el carbon.

Ensayó el fuelle, que se condujo admirablemente.

Gilliatt, dueño del aire, del agua y del fuego, experimentó un orgullo de cíclope.

Era dueño del aire, porque habia dado al viento una especie de pulmon, habia creado en el granito un aparato respiratorio, y convertido una cueva en un fuelle.

Era dueño del agua, porque de la pequeña cascada habia hecho una trompa.

Era dueño del fuego, porque de un peñasco inundado habia hecho brotar la llama.

Estando la escavacion casi en todas partes á cielo abierto, el humo se marchaba libremente, ennegreciendo el acantilado.

Aquellas rocas, que parecian hechas para la espuma hasta la consumacion de los siglos, conocieron el hollin.

Gilliatt hizo su yunque de un gran guijarro pelado de grano muy denso, que ofrecia casi la forma y la dimension apetecidas. Era una bigornia muy peligrosa, y que podia romperse.

Una de sus estremidades, redondeada y puntiaguda en su conclusion, podia en rigor hacer la veces de una verdadera bigornia conóidea, pero la otra bigornia, la bigornia piramidal, faltaba.

Gilliatt no tenia mas que el antiguo yunque de piedra de los Trogloditas. La superficie, bruñida por las olas, tenia casi la dureza del acero.

Gilliatt sintió no haberse traido su yunque. Como ignoraba que la Duranda hubiese sido cortada en dos por la tempestad, habia creido hallar el cajon de carpintería y todas sus herramientas en la parte de proa de la sentina.

Precisamente era la proa del buque lo que las olas habian arrebatado.

Las dos escavaciones, conquistadas por Gilliatt en el escollo, estaban próximas. El almacen y la herrería se comunicaban.

Todas las tardes al anochecer, concluida su jornada, Gilliatt cenaba un pedazo de galleta mojada en agua, un esquino, un cangrejo ó unos cuantos caracoles marítimos, única caza posible en aquellas rocas, y temblando de frio como la cuerda de nudos, subia á acostarse en su agujero de la Douvre mayor.

La materialidad misma de las ocupaciones de Gilliatt aumentaba la especie de abstraccion en que vivia. La realidad á alta dosis azora. El trabajo corporal sin sus numerosos accidentes no disminuia en un ápice el asombro que causaba á Gilliatt el hallarse allí y hacer lo que hacia. Ordinariamente el cansancio material es un hilo que

tira hácia la tierra; pero la singularidad misma del trabajo emprendido por Gilliatt le mantenía en una especie de region ideal y crepuscular. Le parecia á veces estar con el martillo golpeando las nubes.

En otros instantes se le figuraba que sus herramientas eran armas de combate. Tenía el sentimiento singular de un ataque latente que él reprimía ó prevenía. Trenzar cables, sacar filástica de una vela, apuntalar albitanas, era construir máquinas de guerra.

Los mil minuciosos cuidados que requería aquel salvamento acababan por parecerse á precauciones contra agresiones inteligentes, muy transparentes y muy poco disimuladas.

Gilliatt no conocía las palabras que espresan las ideas, pero percibía las ideas. Se iba sintiendo cada vez menos operario, y cada vez mas batallador.

Estaba allí como domador, y así lo comprendía casi, lo que era para su espíritu un extraño ensanche.

Además, tenía en torno, hasta perderse de vista, el inmenso sueño del trabajo perdido. Nada turba tanto como el ver maniobrar en lo insondable y en lo ilimitado la difusión de fuerzas. Se busca el fin, el punto fijo á que se tira.

El espacio siempre en movimiento, el agua infatigable, las nubes que parecen azoradas, el vasto esfuerzo oscuro, toda esta convulsion es un problema.

¿Qué hace ese temblor perpétuo? ¿qué construyen esas ráfagas? ¿qué edifican esos sacudimientos? ¿Esos choques,

esos sollozos, esos ahullidos, qué crean? ¿En qué se ocupa tanto tumulto?

El flujo y reflujo de estas cuestiones es eterno como la marea.

Gilliatt sabía lo que hacía; pero la agitacion de la estension le asediaba confusamente con su enigma.

Sin saberlo, mecánicamente, imperiosamente, por presión y penetracion, sin otro resultado que un deslumbramiento inconsciente y casi feroz, Gilliatt delirante asociaba á su propio trabajo el prodigioso trabajo inútil del mar.

En efecto, hallándose allí, ¿cómo no experimentar y sondear el misterio de la imponente ola laboriosa? ¿Cómo no meditar, dentro de la medida de meditacion posible que se tiene, la vacilacion de la ola, el encarnizamiento de la espuma, la usura imperceptible del escollo, los gritos insensatos de los cuatro vientos?

¡Qué terror para el pensamiento, el perpétuo volver á empezar, el Océano pozo, las nubes Danaides, tanto trabajo para nada!

Para nada, no. Pero ¡oh tú solo sabes para qué.

que se hallan en el mar, como hemos dicho, en las
 partes estériles. En ellos no hay mas que el mar, que hace
 lo que quiere. Ninguna aparición terrestre se encuentra.
 El hombre espanta al mar; el mar descubre de él, y lo
 oculta lo que es y lo que nace.
 En el escollo el mar esta tranquilo; el hombre no ha
 allí a buscarle. Allí nada perturba el monólogo de las
 olas.
 El mar trabaja en el escollo. XI.
 El mar trabaja en el escollo, lo arma de nuevo, lo mantiene en
 buen estado.
 Aprende la abertura del pensamiento, separa la piedra
 blanca, descubre la escoria, separa la carne, deja
 la escoria, escoria, escoria, escoria, escoria, escoria.
 pone en comunicación los senos, llama el escollo de cel-
 dillas, tanta en grande a la esponja, abarca el interior,
 esculpe el escollo.
 Un escollo próximo á la costa es algunas veces visi-
 tado por los hombres; un escollo en alta mar, nunca.
 ¿Qué iria el hombre á buscar allí?
 Aquello no es una isla. Allí no hay que esperar re-
 fresco de víveres, ni árboles frutales, ni pastos, ni gana-
 dos, ni manantiales de aguas potables. Aquello es un
 yermo en una soledad.
 Aquello es una roca con tajos fuera del agua y bajíos
 dentro del agua. Allí no se puede hallar mas que el
 naufragio.
 Estas especies de escollos, que la antigua lengua ma-

que se hallan en el mar, como hemos dicho, en las
 partes estériles. En ellos no hay mas que el mar, que hace
 lo que quiere. Ninguna aparición terrestre se encuentra.
 El hombre espanta al mar; el mar descubre de él, y lo
 oculta lo que es y lo que nace.
 En el escollo el mar esta tranquilo; el hombre no ha
 allí a buscarle. Allí nada perturba el monólogo de las
 olas.
 El mar trabaja en el escollo. XI.
 El mar trabaja en el escollo, lo arma de nuevo, lo mantiene en
 buen estado.
 Aprende la abertura del pensamiento, separa la piedra
 blanca, descubre la escoria, separa la carne, deja
 la escoria, escoria, escoria, escoria, escoria, escoria.
 pone en comunicación los senos, llama el escollo de cel-
 dillas, tanta en grande a la esponja, abarca el interior,
 esculpe el escollo.
 Un escollo próximo á la costa es algunas veces visi-
 tado por los hombres; un escollo en alta mar, nunca.
 ¿Qué iria el hombre á buscar allí?
 Aquello no es una isla. Allí no hay que esperar re-
 fresco de víveres, ni árboles frutales, ni pastos, ni gana-
 dos, ni manantiales de aguas potables. Aquello es un
 yermo en una soledad.
 Aquello es una roca con tajos fuera del agua y bajíos
 dentro del agua. Allí no se puede hallar mas que el
 naufragio.
 Estas especies de escollos, que la antigua lengua ma-

BIBLIOTECA
 N.º 11
 CAPITULO I.º

rina llamaba los Aislados, son, como hemos dicho, lugares extraños. En ellos no hay mas que el mar, que hace lo que quiere. Ninguna aparicion terrestre le inquieta.

El hombre espanta al mar; el mar desconfia de él, y le oculta lo que es y lo que hace.

En el escollo el mar está tranquilo; el hombre no irá allí á buscarle. Allí nada perturbará el monólogo de las olas.

El mar trabaja en el escollo, repara sus averías, aguza sus puntas, lo eriza, lo arma de nuevo, lo mantiene en buen estado.

Emprende la abertura del peñasco, separa la piedra blanda, descortezta la piedra dura, despega la carne, deja la osamenta, escarba, diseca, barrena, agujerea, canaliza, pone en comunicacion los senos, llena el escollo de celdillas, imita en grande á la esponja, ahueca el interior, esculpe el exterior.

En aquella montaña secreta, que es suya, forma an-tros, erige santuarios, levanta palacios; tiene no sé qué vegetacion diforme y espléndida compuesta de yerbas flo-tantes que muerden y de monstruos que echan raices, y sepulta bajo la sombra del agua esta magnificencia horrible. En el escollo aislado, nadie le vigila, nadie le espía, nadie le estorba; allí desenvuelve libremente su lado misterioso inaccesible al hombre.

Allí deposita sus secreciones vivientes y horrorosas. Todo lo ignorado del mar está allí.

Los promontorios, los cabos, los finisterres, los ban-

cos, las rompientes, los arrecifes son, insistimos en ello, verdaderas construcciones. La formacion geológica es poca cosa comparada con la formacion oceánica.

Los escollos, que son las casas de las olas, las pirá-mides de la espuma, pertenecen á un arte misterioso que el autor de este libro ha llamado en alguna parte Arte de la Naturaleza, y tienen una especie de estilo enorme.

En ellos lo fortuito parece hecho espresamente. Son construcciones multiformes. Tienen la trabazon del polí-pero, la sublimidad de la catedral, la estravagancia de la pagoda, la amplitud del monte, la delicadeza de la joya, el horror del sepulcro.

Tienen alveolos como un abispero, guaridas como una casa de fieras, subterráneos como una topinera, calabozos como un castillo antiguo, emboscadas como un campo.

Tienen puertas, pero barreadas, columnas, pero trun-cadas, torres, pero inclinadas, puentes, pero rotos. Sus compartimentos son inexorables; estos no son mas que para los pájaros, aquellos no son mas que para los peces.

No se pasa de aquí. Su figura arquitectural se tras-forma, se desconcierta, afirma la estática, la niega, se rompe, se detiene, empieza en arquivolta, acaba en archi-trave; pedrusco sobre pedrusco; Encédola es el albañil.

Una dinámica extraordinaria presenta allí sus proble-mas, resueltos. Espantosas pechinas amenazan, pero no caen. No se sabe cómo se sostienen aquellas fábricas ver-tiginosas.

En todas partes desplomes, faltas de apoyo, vacíos,

suspensiones insensatas; escapa la ley de un babelismo semejante; el Desconocido, inmenso arquitecto, no calcula nada, y todo le sale bien; las rocas, colocadas de cualquier modo, componen un monumento monstruo; ninguna lógica; un vasto equilibrio.

Aquello es mas que la solidez, es la eternidad.

Al mismo tiempo es el desorden.

Parece que el tumulto de las olas ha pasado al granito. Un escollo es la tempestad petrificada.

Nada mas conmovedor para el espíritu que aquella salvaje arquitectura, siempre amenazando ruina y siempre en pie. Todo en ella se ayuda mutuamente y se contraría.

Es un combate de líneas de que resulta un edificio. Allí se reconoce la colaboracion de los dos disputadores eternos, el Océano y el huracan.

Es una arquitectura que tiene sus obras maestras, terribles. El escollo Douvres era una de ellas.

El mar lo habia construido y perfeccionado con un amor formidable. El agua arisca le lamia. Era horrible, traidor, oscuro, lleno de cuevas.

Tenia todo un sistema venoso de conductos submarinos, cuyas ramificaciones llegaban á profundidades insondables.

Algunos orificios de aquel subterráneo inextricable quedaban en seco en las mareas bajas. Cualquiera, por su cuenta y riesgo, podia entrar en ellos.

Las necesidades del salvamento obligaron á Gilliatt á

explorar todas las grutas. No habia una que no fuese formidable.

En todas se reproducia, con las dimensiones exajeradas del Océano, el aspecto de matadero y carnicería extrañamente estampado en el espacio intermedio de los Douvres.

Quien no ha visto en escavaciones de este género, en la pared del granito eterno, aquellos espantosos frescos de la naturaleza, no puede formarse idea de ellos.

Aquellas feroces grutas eran socarronas, era preciso no permanecer en ellas á deshora. La marea alta las llenaba hasta el techo.

Abundaban en ellas las lapas y otros mariscos. Estaban llenas de morrillos y guijarros pelados amontonados en el fondo de las bóvedas.

Guijarros habia que pesaban mas de una tonelada. Los habia de todos los tamaños y colores; la mayor parte parecian cuajarones de sangre; algunos, cubiertos de confervas velludas y viscosas, parecian enormes topos verdes escarbando el peñasco.

Algunas grutas terminaban de improviso como el fondo de un horno. Otras, arterias de una circulacion misteriosa, se prolongaban dentro del peñasco en hendiduras tortuosas y negras. Eran las calles del abismo.

Angostándose sin cesar, no permitian á un hombre transitar por ellas. Con una antorcha encendida se veian rezumamientos oscuros.

Una vez Gilliatt, huroneando, penetró por una de las

hendiduras. La hora de la marea se prestaba á tan aventurada excursion.

Era un hermoso día de calma y de sol. No era de temer ningún incidente de mar que pudiese complicar el riesgo.

Dos necesidades, como acabamos de indicar, impelían á Gilliatt por el camino de sus exploraciones, la de buscar, para el salvamento, destrozos útiles, y la de hallar cangrejos y langostas para alimentarse. Los pescados de concha empezaban á escasear en los Douvres.

La hendidura era angosta y el paso casi imposible. Gilliatt veía claridad en el interior.

Hizo un esfuerzo, se encogió, se retorció, y penetró tan adelante como pudo.

Era indudable que se hallaba precisamente en el interior del peñasco á cuya punta Clubin había arrojado la Duranda. Gilliatt se hallaba debajo de aquella punta.

El peñasco, sólido exteriormente é inabordable, estaba vacío por dentro. Tenía galerías, pozos y aposentos como la tumba de un rey de Egipto. Era entre aquellos dédalos una de las más complicadas escabrosidades, trabajo del agua, zapa del mar infatigable.

Las encrucijadas de aquel subterráneo debajo del mar comunicaban probablemente con el agua inmensa exterior por varias salidas, abiertas las unas al nivel de las olas, y las otras, profundos embudos invisibles. Muy cerca de allí Clubin se había arrojado al mar, pero Gilliatt lo ignoraba.

Gilliatt, en aquella hendidura que parecía de cocodrilos, aunque no había que temer cocodrilo alguno, culebreaba, trepaba, tropezaba con la frente, se agachaba, se enderezaba, perdía pie, hallaba tierra, avanzaba penosamente.

Poco á poco la abertura se ensanchó, apareció una claridad tibia, y Gilliatt entró de pronto en una caverna extraordinaria.

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA